

de una liquidación violenta y total del patrimonio cultural. Hay consenso de que debe hacerse el máximo esfuerzo para actualizar los valores del pasado y hacerlos fecundos para la sociedad industrial moderna. El indio actual sigue arraigado en los viejos ideales nacionales de sabiduría, renunciamiento y servicio de que dan testimonio los viejos textos sánscritos, los discursos de Buda y las obras de Swami Vivekananda, Tagore y Gandhi. Estos mismos ideales constituyen también la base metafísica y ética de las reformas educacionales y de la política social y económica de la India de hoy. India, país de Oriente que ha estado vinculado en forma particularmente estrecha a Occidente, lucha hoy en día por configurar libremente su existencia histórica. Nuevas fuerzas actúan en todas partes. Bajo el impacto del dominio político inglés y de la civilización técnica occidental, India ha despertado de su largo letargo. La nación india ha iniciado la lucha por su realización como individualidad nacional. Lo que confiere significado histórico general a este proceso, es el hecho de que el indio ha comprendido claramente que la emancipación política es solamente un primer paso y que la plena autorrealización nacional requiere la movilización y actualización de los valores tradicionales y su reconciliación con las exigencias de la civilización técnica e industrial moderna. La nueva India ha aceptado el desafío del momento histórico actual y lucha valerosamente por encontrar una respuesta.

R. K.

EL LLAMADO DEPORTE PROFESIONAL UNIVERSITARIO

por el prof. CLAUDIO VÉLIZ

Existen pocos aspectos de la vida académica chilena más extraordinariamente paradójicos que el deporte profesional universitario. Seguramente hay razones de tipo histórico, decisiones motivadas por necesidades urgentes o un abandono generalizado de las responsabilidades académicas que explican la presencia de este fenómeno singular en nuestro medio universitario, pero las explicaciones del origen de esta anomalía no justifican de ninguna manera la increíble pasividad con que se tolera la perpetuación e institucionalización de una actividad fundamentalmente reñida con la tradición académica.

Directa o indirectamente, la Universidad de Chile, a través de una organización comercial que lleva su mismo nombre, compra jugadores de fútbol en el mercado nacional e internacional, les asigna sueldos, los organiza y entrena en equipos y los hace participar en el campeonato profesional de este deporte que se celebra anualmente en el país. Hay quienes explican que la ingerencia de la Universidad en estas operaciones comerciales es puramente nominal ya que la institución que compra y vende jugadores es sólo una rama del Club Deportivo de la Universidad y sus lazos con la

Casa Central son puramente afectivos; pero esto —además de no ser exacto— de ninguna manera desvirtúa el hecho cierto de que un grupo de señores disfrazados con los colores de la Universidad de Chile salen domingo a domingo a vapulear una pelota por un salario. Estos jugadores no necesitan ser estudiantes de la Universidad; ni siquiera necesitan haber sido estudiantes de ninguna cosa en sus vidas; así pueden ser analfabetos con tal que además posean cierta destreza con las extremidades inferiores.

Extrañísima ejemplarización es la que reciben los estudiantes que de esta manera aprenden a medir la lealtad deportiva en función de la compensación pecuniaria entregada a los jugadores que representan a la Universidad. No cabe la menor duda de que en el mundo moderno la profesionalización del deporte es un hecho consumado y pecan de románticos e ilusos quienes lloran los días en que toda actividad deportiva era de carácter aficionado; sin embargo, no existe ninguna razón lógica ni compatible con el papel que una Universidad debe llenar en la sociedad que justifique el que el plantel académico principal de nuestro país se dedique a fomentar el fútbol profesional incluso

prestando su nombre y su augusto auspicio a este tipo de actividad.

Si grupos de ciudadanos libres deciden que para ellos la mejor vida es aquella que gira alrededor del deporte profesional, esto incumbe sólo a ellos. Si hay, además, multitudes que semana a semana encuentran solaz y entretenimiento contemplándoles ejercitar sus cualidades físicas, pésima política sería el negarles a unos y a otros el derecho a ganarse la vida o entretenerse en estos afanes. Pero otra cosa bien diferente es que la Universidad de Chile se preste a estos usos dudosos de la actividad deportiva. La preocupación de la Universidad —en este sentido— debe estar orientada a que los estudiantes practiquen deportes y no a que los contemplen cómodamente sentados en un estadio. Una nación deportista no es necesariamente una en que semana a semana cantidades importantes de individuos pasan dos o tres horas inmóviles mirando a veintidós jugadores correr detrás de una esfera de cuero, sino una en que cada ciudadano practica personalmente los deportes de su predilección.

Se alega en algunos círculos, que el hecho de que la Universidad esté representada en las lides profesionales por un equipo propio, actúa como aliciente para la actividad deportiva de los estudiantes. Esto parece una insensatez. Desde luego se presta a dudas el aserto de que aquellos atletas, escaladores y nadadores universitarios aficionados que han quebrado innumerables récords, han escalado el Aconcagua varias veces y han dedicado parte importante de su tiempo al cultivo y perfeccionamiento de sus deportes, lo hayan hecho porque existe un equipo profesional de fútbol que utiliza el nombre de la Universidad y que no hubieran desarrollado igual actividad si este equipo no existiera. Otro argumento esgrimido por los defensores del actual sistema sostiene que mediante su equipo profesional de fútbol, la Universidad de Chile contribuye al mejoramiento del nivel técnico de este deporte en el país. Pero resulta que el mejoramiento del nivel técnico del fútbol profesional no es de ninguna manera preocupación que toque a la Universidad. En cuestiones de deportes, la Universidad debe preocuparse de que sus estudiantes practiquen deportes; de que su plantel de Educación Física tenga los medios para preparar más y mejores entrenadores y técnicos en las diferentes ramas deportivas; de que el nivel técnico en todos los deportes —excluyendo los profesionales— se eleve en el país. El problema de la técnica de los deportistas profesionales incumbe exclusivamente a sus promotores comerciales y de ninguna manera a la Universidad de Chile.

Si el mismo criterio referente al perfeccionamiento general del deporte que resultaría del apoyo universitario al fútbol rentado se aplicara —por ejemplo— a

las actividades de la Escuela de Agronomía, podría llegarse a justificar la adquisición de caballos pura sangre de carrera que competirían en los hipódromos luciendo los colores universitarios. Fundamentalmente diferente es el problema del fomento de las artes. Un Instituto del Teatro desarrolla actividades de tipo comercial que se justifican ampliamente por razones de carácter cultural que no admiten discusión: otra sería la situación si este mismo Instituto decidiera establecer un teatro de revistas frívolas como agregado a su función didáctica y artística.

Es difícil pensar que la conspiración de silencio que parece presidir la consideración de este problema esté motivada por factores que obedezcan al adelanto de la función académica de la Universidad. Más comprensible es que en esta aparente inercia colectiva juegue un papel importante la popularidad que esta rama deportiva extra-universitaria tiene entre el público general. Pero esta explicación agrava el hecho en lugar de justificarlo. Si aquellos que ocupan cargos de responsabilidad académica vacilan en solucionar un problema como éste por consideraciones de popularidad personal, entonces sí que es posible empezar a preocuparse por la conducta general de nuestros asuntos académicos.

Retirar el auspicio académico al fútbol comercializado no significa de ninguna manera poner fin al fútbol universitario, al contrario, esta medida podría significar el principio del auge del deporte estudiantil aficionado. Ya existen en Chile suficientes universidades y planteles cuasi-universitarios como para permitir la organización de un campeonato periódico entre ellos. La objeción de que tal campeonato no atraería ni una fracción del público que asiste regularmente a los encuentros profesionales es tan falsa como las anteriores. La práctica de los deportes no se justifica por su popularidad taquillera. Los deportes se practican sin propósitos ulteriores: tienen su justificación en su propia práctica, además de razones valdeas que guardan relación con la salud física y mental de sus cultores.

No cabe la menor duda de que existen numerosos problemas de mayor importancia que éste, dentro de la vida universitaria chilena; sin embargo, ya que no se ha planteado aún una escala de prioridades que destine un lugar conocido a la solución de esta paradoja inadmisiblemente de una Universidad que posee un equipo profesional de fútbol, es conveniente que tanto las autoridades universitarias como los estudiantes y el personal docente se preocupen de estudiar la manera de poner fin a un estado de cosas que resta brillo y alcurnia a las altas funciones académicas de nuestra primera Universidad.